

Juan Arnau

Rousseau o la hierba doncella



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Anónimo: *Jean-Jacques Rousseau escribiendo una partitura*.
Colección particular.
© Fine Art Images / Bridgeman Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Arnau Navarro, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-807-3
Depósito legal: M. 5.610-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	I. ¿Quién eres?
33	II. Enciclopedistas
41	III. El Ermitage
55	IV. Sobre la desigualdad
61	V. Vicario saboyano
69	VI. Voltaire
75	VII. Ecos de un temblor
81	VIII. Sub dio
93	IX. Piedad natural
101	X. Madame de Houdetot
111	XI. En el engaño habla la verdad
121	XII. Diálogos con tu otro yo
131	XIII. Finale

Quien no se ha sentido alguna vez
un impostor, probablemente lo sea.

Horacio

I

¿Quién eres?

¿Quién eres? El hijo de un relojero de Ginebra, país de sombrías predestinaciones. Un tipo singular. Puedes ser bueno, generoso y sublime, también despreciable y vil. ¿Qué hombre no ha sido ambas cosas? Pero en el péndulo de las pasiones, el arco de tu oscilación supera a cualquier otro. Cantas como nadie tus dignidades y tus miserias. Te elevas a las alturas con la misma presteza con la que te precipitas en el cieno. Y el primer sorprendido eres tú. Por eso has hecho de ti el enigma del mundo, el objeto exclusivo de estudio, el personaje único de tus novelas, la singularidad perfecta. Transformas como un alquimista las amargas necesidades en decisiones premeditadas. Y no sólo

las tuyas, también las de tus enemigos. Tus recelos lindan con tus desvaríos: eres objeto de una conspiración internacional. Perfeccionas un arte, el de la novela, que deprava las almas. No te importa, quieres que otros vivan tus emociones, no estar solo. Dices no haber conocido el amor, con madame de Warens tuviste la ternura de una madre, con madame de Houdetot un romance senil, con Thérèse un ama de llaves y una cocinera, una compañera de infortunios y un estorbo para tu gloria.

Tu emoción primera, o eso recuerdas, fueron las novelas. Ahora descrees de ellas, pero entonces te convertías con facilidad en su protagonista. Desde aquella época intentas convencerte de que tu vida es una larga ensoñación. Buscas en tus sentimientos y te lanzas a la confesión, para mostrarte, coqueto, todavía embargado por los afectos de antaño. Nadie se atreve a parecer lo que es y tú has quebrado el maleficio. La amistad no es posible, la confianza es efímera y las almas repudian mostrarse. Pero tú has vencido ese pudor y sueñas con la transparencia. Viejo loco, quisieras ser ángel, romper la barrera entre tu comportamiento y las disposiciones de tu corazón. Los gestos y los movimientos, los cambios de luz y entonación, permiten muchas lecturas. Ser

hombre es ser carne y llama interior, cuerpo opaco y rugoso de imposible transparencia.

Fuiste pobre, tacaño y desprendido a un tiempo. Repudiaste el lujo y la esclavitud. Buscaste honestamente la sencillez. Te alejaste de los librepensadores y de los jesuitas, recibiste de ambos su veneno: la burla cruel y taladrante en forma de libelo o rumor, la ira de los pulpitos, las piedras del oscurantismo. Has nacido para ser perseguido. Has renunciado a una pensión real y a otra de madame d'Épinay (no quieres que los poderosos dirijan tus pasos). Has renunciado al matrimonio, a los hijos que diste al hospicio y a tus deberes de padre. Has renunciado al Estado y sus instituciones, a la ciudadanía de la que tanto te vanagloriabas. Has renunciado incluso a vivir de tus libros (no quieres que el público dirija tus pasos) y te dedicas a copiar partituras musicales. Has sido apedreado en Ginebra, humillado en París y perseguido en otros países (aunque no tanto como crees). Grimm, Holbach y Voltaire te han ridiculizado. El bueno de Hume te encontró un refugio en Inglaterra y de allí también tuviste que huir.

*

Eres el fruto de un regreso. Tu padre, acosado por las deudas, había ido a buscar fortuna a Constantinopla, donde fue relojero del serrallo. Regresó al poco tiempo y diez meses más tarde naciste tú, achacoso y enfermo. Enseguida conociste el infortunio. Tu madre, eso dicen, tenía cordura y belleza, pero murió a los pocos días del parto. Nada supiste de cómo soportó tu padre esa pérdida. Sabes que la ve en ti, que se la has usurpado y que en sus abrazos hay una pena profunda. Isaac es vividor y generoso, galante a la vieja usanza, le gusta la caza y pasea con orgullo su condición de *citoyen* de Ginebra. Pertenece a la clase de los fundadores de la ciudad reformada por Calvino. Desde entonces se vigila con severidad la pureza de las costumbres, se vilipendia el lujo y la carcajada, el canto y la danza. Isaac es jovial e independiente, buen conversador, saborea las polémicas y los viajes.

Un corazón sensible es el único bien que te dejaron. Nunca fuiste a la escuela, nunca estuviste sujeto a una regla y ya no recuerdas quién te enseñó a leer. De la mano de tu padre, recorres las cumbres de la literatura, te enardeces, agotáis la biblioteca de tu madre, pasáis noches enteras leyendo a Plutarco, hasta que la madrugada os

sorprende con el canto de las aves. Entonces tu padre exclama avergonzado: ¡Ah, querido, soy más niño que tú! Con Isaac has aprendido a vivir un mundo imaginado que ya no te abandonará. Adquieres un gusto raro y único y te sientes más griego y romano que ginebrino.

Un día del verano de 1722 tu padre caza en los alrededores de la ciudad. Al cruzar un prado es amonestado por su propietario, un tal Gautier. Tu padre lo encañona, sonrío y prosigue ufano su marcha. Unas semanas después lo encuentra de nuevo en la calle de los orfebres. Isaac lo mira con insolencia: «salgamos de la ciudad y arreglemos esto con la espada». Gautier rehúsa: «con gente de tu calaña sólo utilizaría bastones». La familia de Gautier es poderosa y la policía investiga el suceso. Isaac se ve obligado a abandonar la ciudad para instalarse en Nyon.

Tienes los defectos de tu edad: charlatán, goloso, terco y embustero. Ya conoces el hurto y has orinado en el puchero de una vecina. Te cuida la jovial Suzon, siempre bordando y cocinando, con sus caracoles negros sobre las sienes y sus interminables melodías. Todavía hoy, cuando las tareas, las lágrimas refrescan tus ojos secos. Tras la marcha de tu padre te han enviado como pensio-

nista a casa del pastor Lambercier, en Bossey. Por primera vez tienes un amigo y un compañero de juegos, Abraham Bernard. Dicen que es tu primo.

No te cuesta confesar lo criminal, sino lo ridículo y vergonzoso. Con todo, gozas en la probidad de tus confesiones y te complace el reflejo en sus páginas. Te amas, te odias. Siempre intensamente. Eres Narciso que, pintado con traje de mujer, se enamora de su retrato. Ni siquiera sabes si paladeas más las elevaciones o las miserias, pero tienes por seguro que la cadena de tus sentimientos es irrepetible y única. Puedes confundir las fechas, pasar por alto los hechos, pero lo que has sentido es irrefutable. Ese es tu reino inexpugnable, tu soberanía, ¿quién no la ha tenido?

Descubres el castigo. Los primeros azotes de la señorita Lambercier, que siente por ti el cariño de una madre, parecen anunciar algo. Esa mano amiga despierta en ti las primeras efervescencias de la sangre, que dejan en tu corazón el deseo de recibirlos de nuevo. Cuando los recuerdas reconoces la precocidad de un niño de ocho años hacia la mano de una mujer de treinta. Hasta entonces habías dormido en su habitación y, en las noches de tormenta, en su cama. Al día siguiente eres enviado a otro cuarto. Desde entonces ardes

de sensualidad. Ese gusto te persigue y te deprava. Atormentado, devoras con ojos ardientes a las féminas del mercado, el lavadero y la plaza pública. Vienen a tu imaginación en cuanto las necesitas y las utilizas a tu modo para convertirlas en otras tantas señoritas Lambercier.

Tu natural timidez te hace poco emprendedor con las mujeres. Sacias tus eróticos furores con la imaginación. Pasarás tu vida codiciando y callándote junto a las damas que más has amado. No te atreves a declarar tu afición y alimentas tus estremecimientos con ideas. Te ocurrirá con Madame de Warens. Estar a sus imperiosos pies, obedecer sus órdenes y pedirle constantemente perdón serán dulcísimos goces. Poseerás muy poco, pero no dejarás de gozar a tu manera. Así acuerdas tu carácter tímido y tu espíritu novelesco. Así parirás a la *Nueva Eloísa*, que enamorará a las damas de toda Europa.

*

Algo ocurrió con un peine. Un episodio que templará tu alma y que ahora, viejo y vacilante, recuerdas como si fuera ayer. En ese peine ves la fuerte de tu molicie y lujuria. Estás solo en una habita-

ción. La doncella ha puesto a secar los peines de la señorita Lambercier. Cuando regresa a recogerlos encuentra uno cuyas púas han sido arrancadas. Nadie salvo tú ha entrado en el cuarto. Te interrogan y niegas haber tocado el peine. Te apremian, te amenazan, pero no consiguen arrancarte la confesión que desean. Es la primera vez que hallan en ti tanta audacia para mentir, tanta mentira y tozudez.

Vuelven a la carga a los pocos días. Unos frambuesos dan sombra a la ventana, hay una mosca en tu mano, una golondrina se posa en el alfeizar. Tras el escritorio del Señor Lambercier ves un barómetro y un calendario. Tu mente vuela, introspectiva. Los azotes son más duros, pero te mantienes inquebrantable. Estás resuelto a morir si es necesario. El dolor te rebela partes de ti que desconocías. Sufres por primera vez el rigor de un castigo que no mereces. Apenas sientes el dolor corporal si lo comparas con el moral: indignación, rabia, desesperación. Desde entonces sentirás más el temor de ser acusado que la vergüenza de obrar mal, y ese primer sentimiento de injusticia quedará grabado a fuego. Cincuenta años después sigues sin conocer lo que ocurrió y aseguras que eras inocente, que no tocaste aquel peine, que ni siquiera te acercaste a él.

Todas tus ideas sobre el tema te retrotraerán a esa primera emoción. Desde entonces tu corazón se enardece ante la injusticia. Y cuando tienes noticia de las fechorías de un tirano o de las crueldades de un cura trapacero, de buena gana partirías para apuñalar a esos miserables. No llegarás a tanto, te conformas con apedrear a algún que otro perro que has visto atormentar a otro de su especie. Haces tuya la ley de un viejo hidalgo: desfacerás entuertos. Ya eres dueño de un corazón orgulloso.

*

Te aficionas al dibujo, pero un día de verano el tío Bernard lee un bellissimo sermón y abandonas todo para ponerte a componer discursos edificantes. Te consideras ya como aquel que ha visto la zarza ardiente. Los Lambercier se debaten sobre tu futura profesión. Relojero, procurador o pastor protestante. Desde aquel día prefieres lo último, te gusta predicar, pero la pequeña herencia materna no alcanza para una carrera eclesiástica. Te colocan en casa del señor Masseron, un hombre de leyes, para aprender el oficio de escribano. La ocupación te resulta enojosa y la sujeción al pupitre te hastía. Te reprochan adormilamiento

y necesidad. Masseron se queja amargamente: le habían prometido un chico espabilado y le han enviado un asno. Unas pocas semanas bastan para comprobar que no se puede hacer de ti un pasante pasable.

A los trece años ya has vivido el primer despido, se te condena a cambiar la pluma por la lima y entras de aprendiz en casa del grabador Ducommun. Se compromete a enseñarte los secretos del oficio, a alojarte y alimentarte, mientras tu tío pagará 300 libras y dos luises de oro en alfileres. Ducommun es un tipo hosco y violento, en muy poco tiempo logra empañar todo el esplendor de tu infancia. Las ensoñaciones y las canciones, Plutarco y sus secuaces, todo se desvanece. A tus amables diversiones le suceden los gustos más viles y las indecencias más bajas. Y lo curioso es que el oficio te gusta, manejas con habilidad el buril y has vuelto a dibujar. Grabas en secreto medallas para una orden de caballería que has fundado con tus amigos. Pero la tiranía de tu maestro acaba por arrojarte a la holgazanería y el hurto. Encadenado a tu trabajo, sólo ves objetos de goce para otros y privaciones para ti. Descubres el disimulo, aprendes a codiciar en silencio, a esconderte, a mentir.



La mañana es espléndida y nadie sabe, ni siquiera tú, que se prepara una guerra contra el mundo. Has pasado la noche escribiendo sobre música para un diccionario de las artes, pero la melodía que resuena ahora en tu interior es la de su voz. Esa voz ha sido encarcelada y eso te angustia. Redactas mentalmente una carta a la marquesa de Pompadour solicitando clemencia. Mientras, apartas las sábanas, recuerdas las comidas semanales de Panier Fleuri. En la fonda las viandas, generalmente aves de caza, iban acompañadas de vino y del abate Condillac, canónigo en sus carnes, noble en sus ideas. Dulces encuentros que él, que siempre faltaba a todas las citas, nunca se perdía. Diderot, el hijo del cuchillero, el rostro alargado, los ojos chispeantes, generosa la nariz y vigoroso el gesto. Prefiere las razones a los prodigios, pero su cordialidad inflama tu timidez, conforta tus abatimientos y, aunque busca el renombre como tú, no te considera un rival. Te secas la cara con el paño y te llegan fogonazos de su lucidez, siempre a los postres, cuando está de mejor humor, cuando su alegría reparte ideas con prodigalidad. Te fascina esa generosidad, esa repug-

nancia al ascetismo y el ahorro, ese dejar en el cajón obras sin publicar. Sales a la calle y sigues oyendo su voz, su desprecio de la vida beata, avara y seca, sus quejas de los librereros de París, duros y arrogantes con los que empiezan. La necesidad de dinero le llevó a publicar un librito volteriano, filosófico y, pese a que la metafísica no está de moda, se ha hecho enseguida célebre. Condenado por las autoridades, los ejemplares requisados han sido quemados por el verdugo frente al Parlamento. En él se dice que las pasiones amortiguadas degradan a los hombres de genio. Esa misma intemperancia del espíritu es lo que ha llevado a Diderot a la torre de Vincennes. Piensas lo peor, que nunca saldrá de allí, mientras dejas que tu funesta imaginación te atormente. Nadie conocerá nunca esas angustias que te enloquecen, eso dices, lo imaginas en la cárcel para el resto de sus días y te ves muerto y desesperado a los pies del maldito torreón.

Tras veinte días de arresto Diderot ha confesado la autoría de la *Carta a los ciegos*. El ministro de la Policía considera suficiente la penitencia. Se le autoriza a recibir visitas, a pasear por el parque de Vincennes, que carece de tapias, bajo la promesa de no fugarse. Allí te diriges, embebido de

emoción, volando hacia los brazos de tu amigo. No quieres gastar en un coche de punto y recorres a buen ritmo las dos leguas que separan Vincennes de la casa de Madame Dupin. Llevas en el bolsillo el *Mercur de France*, lo hojeas durante el trayecto. El calor es asfixiante y decides hacer un alto a la sombra de unos árboles, junto a un pequeño estanque. Topas con el anuncio del certamen de la Academia de Dijon. La cuestión planteada es diáfana: si las artes y las ciencias contribuyen a depurar las costumbres. La propia pregunta te ofrece la solución: sustituyes depurar por corromper y ya lo tienes. De pronto experimentas una sacudida eléctrica y un destello. Cierres la gaceta y entornas los ojos. Te oprimen violentas palpitations. Ante ti se desencadena una avalancha de imágenes. Ves un universo completamente distinto, luminoso y terrible a un tiempo, caótico y ordenado. Aturdido, rompes a llorar. Algo dormido se ha despertado, un brote hasta ahora oculto, tú mismo te sientes otro. Naturaleza y cultura empiezan a reeditar en ti su vieja querrela. ¡Ah, si pudieras escribir lo que has visto!

Llegas exhausto a Vincennes, desbordado por las emociones de ese momento inefable. Deseas contarle a tu amigo lo ocurrido, pero Diderot no